



www.loqueleo.com/ec

© 2018, María Fernanda Heredia

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-352-2

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Octubre 2019

Edición: Jessica Rodríguez

Revisión de estilo: David Abanto

Edición en Ecuador

Directora editorial: María Soledad Jarrín

Edición: Verónica Mosquera

Diseño de la portada: Paola Karolys

Corrección de estilo: Alejo Romano

Diagramación: Kaloyan Amores

Autoría de actividades: Lucrecia Maldonado

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

CUANDO DESPIERTE EL VIENTO

María
Fernanda
Heredia

loqueleo

A Hinde.

Índice

Capítulo I	11
Capítulo II	17
Capítulo III	22
Capítulo IV	29
Capítulo V	34
Capítulo VI	40
Capítulo VII	44
Capítulo VIII	48
Capítulo IX	52
Capítulo X	57
Capítulo XI	61
Capítulo XII	66
Capítulo XIII	71
Capítulo XIV	77
Capítulo XV	82
Capítulo XVI	90
Capítulo XVII	98
Capítulo XVIII	102
Capítulo XIX	106
Capítulo XX	113

Capítulo XXI	119
Capítulo XXII	124
Capítulo XXIII	128
Capítulo XXIV	132
Capítulo XXV	137
Capítulo XXVI	141
Capítulo XXVII	147
Capítulo XXVIII	152
Capítulo XXIX	156
Capítulo XXX	160
Capítulo XXXI	163
Capítulo XXXII	168
Capítulo XXXIII	172
Capítulo XXXIV	176
Capítulo XXXV	180
Capítulo XXXVI	184
Capítulo XXXVII	186
Capítulo XXXVIII	190
Capítulo XXXIX	194
Capítulo XL	198
Capítulo XLI	202
Capítulo XLII	204
Capítulo XLIII	207
Capítulo XLIV	210
Capítulo XLV	213
Epílogo	214
Cuaderno de análisis	217

Capítulo I

Aquella mañana, las palabras que con frecuencia servían para definirla: *rara, solitaria, obstinada...* parecieron diluirse en la memoria de los demás como si nunca hubiesen existido. En cuestión de minutos, fueron reemplazadas por otras cuatro lo suficientemente rotundas como para no dejar espacio a ninguna más:

Josefina es una salvaje.

Era la hora de la salida y todos caminaban hacia los autobuses para volver a casa. En un pequeño patio junto a la portería estaba Oso, el cachorro que tres meses atrás había sido abandonado en la puerta del colegio y que, por fuerza y entusiasmo natural, se había convertido en el consentido de todos. Hacía frío, lloviznaba y quizá por eso al hijo de la portera se le había ocurrido vestir a su mascota con una camiseta, la de su equipo favorito, el que estaba disputando el primer lugar en la liga nacional. Al pasar por ahí, Josefina vio a un grupo de chicos que rodeaba a Oso y escuchó una discusión. Se acercó justo en el momento en que uno de ellos daba un puntapié al cachorro mientras el hijo de la portera sollozaba y le pedía que no le hiciera daño.

—¡Entonces no vuelvas a ponerle la camiseta de ese equipo de porquería! —le respondió el grandulón con actitud déspota.

Josefina corrió, se enfrentó al agresor y le gritó que no volviera a acercarse ni al niño ni al cachorro.

—¡No te metas en donde no te han llamado si no quieres que...!

—¡Que qué! ¿A mí también me vas a golpear? ¡No me asustas! —le contestó Josefina tratando de disimular que estaba asustada.

12

—¡No me provoques, puedo olvidar que eres una chica estúpida y darte tu merecido!

—¡Atrévete, cobarde!

Josefina, a sus dieciséis años, era alta y delgada, pero tenía brazos fuertes. Miró a su oponente y, aunque sentía el corazón acelerado por los nervios, supo que el miedo era un lujo que no se podía permitir en ese momento.

Algunos estudiantes percibieron la bronca que se acercaba y se acercaron, curiosos, a ver cómo terminaba el espectáculo. El muchacho, turbado ante una Josefina desafiante que amenazaba con hacerlo quedar en ridículo, la miró con atención y pareció reconocerla.

—Pero miren nada más quién es la salvadora del perro mugroso. ¿Vienes a dártelas de digna, tú? ¿Acaso no eres la hermana de esa tipa? ¿La que se metió en un escándalo con varios hombres hace años?

Josefina sintió que perdía el equilibrio.

—¡Cállate! ¡Cierra la boca! ¡No te permito que...!

—No necesito que me permitas nada. Sé quién eres, mi primo conocía bien a tu hermana... demasiado bien, diría yo. De seguro eres igual de resbalosa que esa zorra.

Josefina no pensó. Josefina no alcanzó a calibrar las consecuencias. Josefina sintió por primera vez que podía caerle a golpes a ese dolor, a ese monstruo que la había atormentado en silencio durante años. El rostro de aquel chico se convirtió como por arte de magia en el rostro de su pesadilla. No permitiría que nadie hablara así de Analuisa, y por eso se abalanzó con todas sus fuerzas, logró tumbar al muchacho, se sentó encima de él y comenzó a darle un puñetazo tras otro, desbordada de dolor e indignación.

—¡Nunca más! —le gritó y, con las palabras entrecortadas mientras lo seguía golpeando, añadió—: ¡Nunca más vuelvas a hablar así de ella!

Ya ni siquiera escuchaba a su alrededor las voces y los gritos de los que animaban, morbosos, el espectáculo, ni de los que le pedían detenerse. Fueron necesarias dos personas y un esfuerzo físico inusual para sujetarla y levantarla. Josefina parecía una máquina cuyos brazos mecánicos no querían frenar la paliza. Consiguieron apartarla y, solo entonces, ella se dio cuenta de lo que había hecho: el muchacho tenía la nariz rota, el labio partido, una hemorragia que no cesaba y un hematoma oscuro que le cerraba el ojo derecho.

Una persona apuntaba hacia ella con su teléfono móvil... La morbosa afición a registrarlo todo: desde una hamburguesa con papas fritas hasta una pelea sangrienta en la escuela.

Uno de los maestros que había intervenido para separarlos se quedó con el joven que seguía sangrando en el piso, mientras que otra docente acompañó a Josefina a la calle, para que tomara un taxi.

—¡Pero qué has hecho! ¡Qué barbaridad, niña! ¡Tú no eres así, por Dios!

—¡Él me provocó! ¡Es un miserable!

La profesora abrió la puerta del taxi, pagó por adelantado al conductor y visiblemente preocupada le dijo:

14 —Vete a tu casa, mañana ya se verá...

Al día siguiente fue expulsada sin posibilidad de que su caso fuera revisado. Con tal de librarse de ella y ante el riesgo de que el colegio fuese demandado ante los tribunales por parte de los padres del muchacho herido, se avisó al padre de Josefina que le entregarían los documentos de su hija con el pase de año certificado y ninguna referencia al acto violento que ella había protagonizado.

—No queremos perjudicarla en su búsqueda de otro colegio, pero tampoco queremos que regrese. ¡Que se vaya hoy mismo! —dijo el director, pese a que faltaban dos meses para que terminara el año escolar—. Necesitamos que nos deje un cheque en garantía por los gastos médicos. Hemos hablado con los padres del muchacho. Estamos tratando de tranquilizarlos, pero no está siendo nada fácil. Han mencionado una cirugía de nariz, siete puntos en el labio, un diente que habrá que reponer y están exigiendo rehabilitación física y psicológica. ¡Agradezca que no hayan llamado a la Policía! ¡Ha sido terrible!

—Lo lamento, lo lamento tanto —decía el padre de Josefina, avergonzado, en un tono casi inaudible y con las manos temblorosas—. No sé cómo ha podido pasar esto, de seguro hay una explicación.

—¡Nada explica ni justifica esta violencia salvaje, señor Abelán, nada!

—Sí, perdone, quise decir que mi hija tendrá algo que decir.

El director hizo un gesto para dar por terminada la reunión y mencionó las instrucciones finales:

—Si necesita algún documento más, avísenos por correo electrónico y se lo haremos llegar a su domicilio. No es necesario que regresen más.

Antes de salir, el padre de Josefina firmó un cheque con más cifras de las que tenía en su cuenta y la secretaria los acompañó hasta la puerta para asegurarse de que se marcharan.

Ningún maestro, ninguna amiga, ningún compañero apareció.

Los ojos de su padre estaban vencidos por la decepción y la vergüenza. No podía entender cómo su hija se había envuelto en un incidente de ese calibre. Cuando le pidió explicaciones de lo que había ocurrido, Josefina decidió ocultarle lo que ese tonto le había dicho sobre su hermana. No habría podido decírselo, estaba segura de que su padre se habría venido abajo.

—Fue por una tontería, papá, me provocó y yo respondí.
El padre meneó la cabeza.